

Cerca del mundanal ruido (una interpretación romántica de Federico Gamboa)

MANUEL PRENDES
Universidad de Granada, España

UNA DIFÍCIL SUPERVIVENCIA

Federico Gamboa se resiste al olvido con la entereza de siempre. A mediados del siglo pasado, muy autorizadas voces se encargaron de expedir su certificado de defunción para la fama y la historia literaria; tal vez a causa de ello resultase más espectacular su posterior resurrección para la crítica. *Santa*, su más popular novela, periódicamente reeditada en México y con varias adaptaciones cinematográficas, se convertiría en la garantía de permanencia entre el público mexicano de don Federico. Permanecer en los ámbitos académicos, en cambio, habría de pasar por las sucesivas pruebas de su discutida adscripción al naturalismo mexicano e hispanoamericano como uno de sus mayores representantes, su condición de testigo y analista excepcional de la sociedad porfiriana, ser reivindicado como memorialista y diarista y, en fin, ofrecer su infatigable *Santa* a las nuevas corrientes de interpretación. Y el caso es que don Federico, tibiamente rememorado en el centenario de su nacimiento (aunque con la importante publicación de sus *Novelas* por el Fondo de Cultura Económica), parece en cambio, llegada la conmemoración del centenario de *Santa* (septiembre de 2003), haber superado la ordalía con toda la elegancia y todas las contradicciones que constituyeron el sello de identidad del individuo y de su propia obra.

GAMBOA, ROMÁNTICO

Desde el mismo origen de su fama literaria, como principal modelo del naturalismo azteca (nunca al fin un “Zola mexicano”, para alivio de muchos de sus admiradores pero para probable frustración del propio don Federico), Gamboa se presenta al lector atento como un autor problemático: ¿cómo un novelista “experimental” se permite ciertos desahogos sentimentales al crear a sus personajes o al tomar la palabra como narrador? ¿Esas melancolías de indefinido origen, esos crepúsculos mimosamente descritos? ¿Y ese lenguaje mexicano unas veces, castellano-académico otras, cultista con frecuencia? ¿Esas evocaciones artísticas, esa sensualidad y sensorialidad?

Coetáneo de la generación modernista de su país, amigo y a veces discípulo del afrancesado y esteticista Manuel Gutiérrez Nájera tanto como lo fuera de otros autores más costumbristas o nacionalistas, no falta quien haya colgado a Gamboa —con escaso seguimiento, eso sí— la etiqueta de “modernista”. Él mismo, al hacer su más amplia profesión de fe en el realismo (el último capítulo de su, por otra parte, elegantemente modernista libro *Impresiones y recuerdos*), no renuncia a un profundo talante romántico, como hombre y especialmente como hispanoamericano:

En cuanto al otro romanticismo, el que todos llevamos en el alma, y los hispanoamericanos más que cualquiera por el complejo hereditario de que somos usufructuarios, en vez de dañar a la sinceridad artística la ensancha y hermosea. Es un romanticismo que cautiva, muy hondo; un hambre de ideal, de ser poeta [...]; ese romanticismo está muy bien como está, será perdurable y hay que emplearlo en la obra porque es cierto, porque afirmo que lo experimentamos todos, con la convicción de que ni el más escéptico ha de desmentirme (Gamboa 1994: 152-153).

Lo cual no deja de recordar el desafiante “¿Quién que es no es romántico?” de Rubén Darío, otro asiduo amigo, en América y Europa, de Federico Gamboa.

Romántico o modernista: por encima de matices coincidentes o diferenciadores, uno y otro adjetivo son índice, antes que de una peculiar manera de escribir, de un modo de existir. De un talante, de una

especial sensibilidad que, de algún modo, marca una diferencia —en los más gloriosos casos, una pauta— con respecto a la cultura en que se vive. En la literatura y en la vida, entonces como hoy, don Federico Gamboa es una figura que aún busca su sitio, un natural “descolocado” que nunca se sintió, pese a las *apariencias* en que se basaba aquella sociedad, a gusto con el entorno en que vivía, escribía e, incluso, triunfaba.

DETRÁS DE LA DIPLOMACIA

Entiéndaseme: no intento —ni creo que sea imaginable— presentar a nuestro novelista como uno más de los “malditos”, de “los raros” *fin de siècle*. Este escritor debió, como todos los de su tiempo, desempeñar otros oficios para sobrevivir con desahogo y, entre tales “oficios”, don Federico se vería convertido en el diplomático indispensable para la política exterior porfiriana en Norte y Centroamérica, en representante de lujo de su país ante las cortes europeas e, incluso, en máximo responsable de la política exterior mexicana. Es decir, un burgués que alternó tiempos de prosperidad con otros de penuria siempre ligado a la funcional dependencia del poder.

Sin embargo, ésta que había sido la meta ideal de tantos mexicanos desde los tiempos de la burocracia virreinal, nunca fue plenamente aceptada por Federico Gamboa. En sus escritos autobiográficos (las deliciosas memorias de juventud *Impresiones y recuerdos*, y las aluviales páginas de *Mi diario*) se puede percibir tal dislocación entre el ideal de la vida artística y las servidumbres de una profesión reglada. Primero, cuando simultanea su frenética actividad periodística, que le introduce de lleno en el hirviente mundo de las letras nacionales, con el embotador trabajo como escribiente de un juzgado (desabrida experiencia que pasaría a formar parte de la del protagonista de su segunda novela, *Suprema ley*). El incipiente escritor era consciente entonces de vivir “dos vidas, sin parecidos ni puntos de contacto; la una, el más grato de los sueños; la otra, la más penetrante de las realidades”, hasta el punto de adquirir casi dos personalidades distintas: “por la mañana, serio, sin hablar; las tardes y las noches, alegre, comunicativo, con ansia de desquitar el tiempo perdido” (Gamboa 1994: 31). Que hable en sentido tan negativo de “la más penetrante de las realidades” un

autor que se postulaba ya como adalid del naturalismo, demuestra cuánto de romántico permanecía —no sé ya si por heredismo o bien por raza: curiosa manera “naturalista” de justificarlo— en la visión del mundo gamboana.

Más adelante, ingresado en la carrera diplomática y habiendo recibido su primer destino en Guatemala, nuestro escritor se despide, no sin melancolía, del noctambulismo literario. Con la propina dada a quien le entrega su nombramiento, don Federico siente que se marchan el “humor alegre”, los “hábitos de bohemio” la “juventud con sus independencias y sus irresponsabilidades, con todos los encantos de los veinte años” (Gamboa 1994: 68). Y, aunque esta vida adulta no hizo abandonar inmediatamente a Gamboa los encantos de la noche, sus ambiciones dejan a un lado el periodismo. Sigue de mala gana con las obligaciones de su profesión (gustaba más de sí, dice, cuando era bohemio, y no duda en declarar a un escandalizado interlocutor que antes prefiere tener abiertas las puertas de la literatura que de la carrera diplomática) (Gamboa 1995: 80), pero es entonces cuando se estrena como narrador y anhela, como sus admirados maestros de Europa —Zola, los Goncourt—, depender exclusivamente de esta actividad para su subsistencia: que lo práctico y lo literario formen en su vida una sola cosa. Ahí residirá su gran frustración hasta el final de su vida, pero también su gran esperanza: los ingresos por *Santa*, ingentes al principio, nunca bastarán sin embargo para retirarle de una carrera que, a su pesar, le absorbe hasta la pasión (o el aburrimiento).¹ Además, este burgués porfiriano es ya esposo y padre de familia, hecho a una vida segura y confortable, y difícilmente hubiera sido capaz de volver a vivir “al día”, al borde de la estrechez: habrá de hacerlo en su momento, y también muy a su pesar, cuando el porfiriato se haya hundido definitivamente.

¹ Sobre todo, en el aspecto menos profesional y más “social” —en el sentido frívolo de la palabra— de la vida de un embajador, según da de ello repetidos testimonios en *Mi diario*. Por ejemplo, el 5 de julio de 1911: “De banquete en la legación de los Estados Unidos, a las ocho de la noche. Más de cuarenta comensales. Estas comidas diplomáticas son todavía más aburridas que los tés *idem*, porque el fatal aburrimiento se prolonga más. Todas, *mutatis mutandis*, están cortadas por la misma tijera...” (Gamboa 1994: 255).

LA PERSPECTIVA EXTRANJERA

Al no tan anhelado éxito profesional de Gamboa acompañó, sin duda (aunque de manera nunca satisfactoria para él, como he dicho), el éxito literario. Creo que éste se debe en buena medida, curiosamente, al “extrañamiento” de Gamboa con respecto a sus contemporáneos. Como ha señalado Giuseppe Bellini:

...al Gamboa letterato giovò la sua posizione nella diplomazia, dove ricoprì incarichi importanti [...] e il fatto di essere stato per molto tempo, per tali incarichi, lontano dal Messico, vale a dire dal fuoco delle lotte e delle beghe letterarie nazionali. Uomo politico di rilievo e scrittore residente fuori dei confini nazionali, il suo successo non doveva dare eccessiva ombra in patria... (Bellini 1972: 18).

Efectivamente, Gamboa pasó buena parte de su vida en el extranjero, y si bien sus obligaciones oficiales no le facilitarían la dedicación a la escritura, su alejamiento del país de origen le proporcionaba, aparte de sosiego, una perspectiva distinta a la de sus compatriotas a la hora de planear su obra literaria. Su misma ambición de ser un escritor profesional (inexistente aún, y por largo tiempo, en México) nos lo revela como un hombre de ideas foráneas. Podríamos decir que don Federico quiso ser el “primer escritor europeo” de su país: no europeo en cuanto a influencias, que ya los había y en abundancia (incluidos los mismos nacionalistas discípulos de Ignacio M. Altamirano), sino en cuanto a un determinado estilo de vida.

Su primer contacto con un mundo semejante habría de tener lugar en Buenos Aires (previas escalas en París y Londres). La capital del Plata es en esa época, junto con México, el gran foco del modernismo hispanoamericano, y por sí sola el centro de mayor efervescencia del naturalismo literario, mucho más libre que en México de adherencias romántico-costumbristas. Y Gamboa se muestra especialmente permeable a este ambiente: se prepara para hacer una novela urbana, abordando la problemática social de la alta burguesía y seducido por un tema, por más que universal, tan de moda en el momento y el lugar como el del adulterio. En el trato inmediato con obras y escritores se debió de nutrir hasta de sus modos de escribir y de la especial sensibilidad del ochentismo bonaerense: creo que son dignas de notarse,

por ejemplo, las coincidencias prosísticas entre Gamboa y el argentino Julián Martel, autor de *La Bolsa* (1891),² o la mera decisión de escribir con menos de treinta años un libro de memorias. Supongo que los orígenes de *Impresiones y recuerdos*, aparte de encontrarse en el género de la crónica modernista que tan destacados maestros hallara en México, tampoco se hallan lejos del memorialismo y el cosmopolitismo de aristócratas porteños como Lucio Victorio Mansilla o Miguel Cané.

Cosmopolitismo, en el caso de Gamboa, que fue constante tanto en su formación como en la mayor parte de su peripecia vital (no tanto en sus novelas, temáticamente muy arraigadas en el país y en la ciudad que lo vieron nacer). Buena parte de la experiencia vital de don Federico, como diplomático o como desterrado, es la de ser un forastero, empezando por su primer contacto de juventud con los Estados Unidos. El mexicano entre *yankees*, que evoca aquella primera experiencia bajo el irónico epígrafe de “La conquista de Nueva York” (capítulo segundo de *Impresiones y recuerdos*), mantiene aún cierto escozor ante el recuerdo de la derrota de su país en 1847 y, aun maravillado ante el desarrollo técnico alcanzado por el gran vecino del norte, se resiste a aceptar sus costumbres y formula juicios sobre el carácter de sus habitantes que adelantan, por un lado, la dicotomía Ariel-latinos / Calibán-anglosajones difundida por Rodó, y por otro las diatribas con que el propio Gamboa maduro glosa en *Mi diario* sus desacuerdos con la cultura “gringa” y sus pulsos (no siempre perdidos) contra la Casa Blanca.

Ante lo europeo, Gamboa siente una admiración que, frente a sus contemporáneos deslumbrados por cuanto hubiera al norte de los Pirineos, resulta cuidadosamente matizada. No sólo por su propio e inquebrantable mexicanismo sino, también (y lo admite con generosidad), por el hecho de haber conocido la civilización norteamericana. Así, Gamboa verá con cierta distancia (por no decir desdén), desde su primera visita, la cultura londinense, y en cambio se siente integrado como nunca durante su estancia en París, aun sin la acrítica y a veces chabacana admiración de tantos compatriotas hacia la Ciudad Luz. España, la otra gran nación de la latinidad, constituirá su “asignatura pendiente” durante largos años, una ansiada “vuelta a los orígenes” que, una vez consumada, le hará, en los posteriores momentos difíci-

² Algunos rasgos de ello están señalados en Prendes 2003: 229-230, 279-280.

les, anhelar la madre patria, junto con Francia, como el lugar de la definitiva expatriación.

GAMBOA Y EL PODER

No era muy habitual (no lo ha sido en los dos últimos siglos en la historia de México) manifestarse proespañol en tiempos del Porfiriato: toda una historia oficial, o en proceso de oficialización, prevenía contra cuanto llegaba de la Península. Debió ser delicado manifestarse pro francés, pues la nación de Hugo y de Zola y de Baudelaire era también la de Napoleón III, inspirador del II Imperio Mexicano (al que sirvió el general Manuel Gamboa, padre del novelista) cuyo desastroso final sería premonición del de su homólogo galo. Y, en fin, era realmente extraño declararse antinorteamericano, especialmente entre el estamento intelectual. Gamboa lo fue, como ya he dicho, y fue también consciente de que ello le separaba de sus compañeros de oficio y generación, educados en el positivismo y en las bondades del exclusivo progreso material. Inconscientemente, por otra parte, se estaba anticipando al hispanismo modernista, al antiimperialismo de la izquierda latinoamericana (Pacheco 1976: 108-113) (¿sólo latinoamericana?), y se distanciaba notoriamente del sentir común de una generación. Escribía, por ejemplo, a propósito de la guerra cubana de 1898:

Observo que muchos de nuestros talentos se hallan por los Estados Unidos y lo peor es que casi me ganan a su causa, pues conforme doran la píldora, de veras parece que los Estados Unidos encarnan el progreso hasta en sus acorazados, y la pobre España el atraso en todos sus actos, hasta en el heroísmo innegable de que a diario viene dando pruebas (Gamboa 1995 II: 42).

Asimismo, aunque ya alejado de toda la vida pública que excediera sus funciones de docente y académico de la Lengua, Gamboa nadará a contracorriente al mostrarse como un rotundo antisocialista en el momento en que el sistema soviético alcanzaba mayor predicamento entre las instituciones mexicanas surgidas de la Revolución. De hecho, y más, contracorriente aún si cabe, Gamboa se manifestará insobornablemente hostil a la Revolución, a fuer de conservador y porfirista,

desde el primer momento y hasta su muerte. No deja de ser paradójico que quienes él habría considerado desde 1910 sus enemigos políticos fueran, sin embargo, sus lectores: en casa del revolucionario Aquiles Serdán, tomada tras dura lucha por la policía y el ejército, se encuentra un ejemplar de *Reconquista*; la obra de teatro *La venganza de la gleba* será durante muchas temporadas representada y aplaudida por los sindicalistas. Otra pieza suya de carácter social, *A buena cuenta*, estrenada en México en 1914 (esto es, en plena dictadura de Huerta), llegaría a ser calificada por cierto crítico de tragedia “con puntas zapatistas y ribetes evangélicos” (García Barragán 2000: 7-42).

En el caso de Serdán, Gamboa no oculta en su diario (el 16 de noviembre de 1910) la admiración por quienes han entablado tan desigual combate con la autoridad: no creo que se trate de un *asentimiento* a las razones de la rebeldía sino, lisa y llanamente, ese mismo *sentimiento* romántico e idealista que lo distanciaba, íntima aunque parcialmente, del poder al que servía. Don Federico, cuando lo creía necesario, era generoso juzgando a sus enemigos: lo fue (a título póstumo) con Emiliano Zapata, e incluso con su mayor bestia negra, el ex-presidente norteamericano Woodrow Wilson.

Don Federico se nos muestra ambiguo, descolocado también en el terreno de la política a consecuencia de su escepticismo y desengaño en la materia. Como conservador, considera la democracia una farsa. Habla del “imbécil e inmoral *sufragio universal*”, equiparándolo “al fraude, a la corrupción, a la violencia” (Gamboa 1995 III: 34) en virtud de los cuales se obtiene el poder en las repúblicas. Los políticos viven de espaldas a los problemas de un pueblo que, a su vez, vuelve también la espalda a sus pretendidos representantes... Su proximidad al poder, o su observación de los procesos electorales centroamericanos, avalaba sin duda ese desdén: el propio don Federico habría de obtener, adjunta a su subsecretaría de Relaciones Exteriores, un acta de diputado por la que nada hubo de esforzarse. De hecho, ni en posesión de tan elevada responsabilidad habrá de plegarse a lo que considerara un engaño. Escribe, por ejemplo, el 26 de junio de 1910:

Día de elecciones (?). Naturalmente, yo no voté, por mucho que legalmente se me considere como ciudadano en el pleno goce de sus derechos y obligaciones, ni en la ciudad de México ni aquí en San Ángel, ¿con qué objeto? Hagan su comedia autoridades y políticos, que yo en

estas páginas la juzgaré a mis anchas y la censuraré sin reservas...
(Gamboa 1995 V: 116).

DON FEDERICO Y DON PORFIRIO

Gamboa se declara públicamente caudillista y partidario de la dictadura, como mejor solución para México y muchos países hispanoamericanos. Privadamente, pone en tela de juicio incluso los sistemas republicanos de las Américas: admira a los emperadores Agustín y Maximiliano, y a los reyes europeos (con la excepción del megalómano y autoritario kaiser Guillermo II). El apoyo a Porfirio Díaz se explica, sólo en parte, por la obra de pacificación y modernización realizada bajo su mandato.

Sin embargo, Gamboa reconoce (aunque nunca los enumere) “defectos” en don Porfirio, arbitrariedades en su sistema (desde la manipulación de la voluntad popular hasta el ejercicio de la violencia), atroces desigualdades en el país y una sorda lucha por el poder en los círculos que rodean al dictador. Nuestro escritor es, una vez más de manera sorprendente en medio de su ambiente de trabajo, declaradamente enemigo de la violencia: la pena de muerte, aplicada por el pueblo o por los tribunales, le repugna; el militarismo y la guerra le horrorizan, y es esa dinámica tan habitual en los procesos políticos de la historia de su país la que le lleva, desde su infancia, a confesar que

De entonces a hoy [...] nunca he gritado *vivas* a gobernantes ni gobiernos, así se haya tratado de los de casa o de los de fuera; ni lo haré jamás, supuesto que en aquella primera lección aprendí que para que vivan cualesquiera gobierno y gobernantes, fuerza es que mueran sus opositores y enemigos (Gamboa 1995 III: 27).³

La unión de política con violencia, que Gamboa ve desgraciadamente inevitable, le hace pensar tiempo después “que no sirve para presidente” (Gamboa 1995 V: 111).⁴

³ El episodio que rememora Gamboa es el del fracasado pronunciamiento de la Ciudadela, el 1 de octubre de 1871, contra el gobierno de Benito Juárez.

⁴ A sugerencia del dictador Victoriano Huerta, de quien era Secretario de Relaciones Exteriores, Gamboa acabaría siendo candidato a la Presidencia por el Partido

¿Qué es lo que liga entonces, en última instancia, al escritor con el general? Por parte del primero, un argumento tan extra-ideológico y tan fuera de su época como el de una lealtad *personal*. Díaz es a los ojos de Gamboa un “hombre superior”, superioridad manifestada en su inteligente impenetrabilidad de esfinge, que suplanta a la imagen del monarca que el intelectual conservador hubiera preferido servir como “señor natural”. Si Gamboa está o quisiera estar al *margen* de la política, Díaz está *por encima* de ella, y cuando el novelista diplomático pasa a formar parte de su administración le exime de afiliarse a ninguno de los grupos que comparten el poder mediante el lacónico argumento de “¿Quién lo ha nombrado a usted?” (Gamboa 1995 IV: 155). Esto que, por un lado, supone una vinculación “tecnocrática” con el poder, tan propia del porfiriato como de otras dictaduras, envuelve también una voluntad de servicio en la que se unen admiración y gratitud públicas y personales.⁵ No, desde luego, ambición de poder ni de riqueza, pues ni una ni otra obtuvo.

PESIMISMO ANTROPOLÓGICO

La negativa visión de la política que se ha formado Federico Gamboa responde, de un modo coherente, a una análoga idea del hombre que no alterará ni tan siquiera su conversión al catolicismo. Los grandes conjuntos humanos —y no sólo como participantes de la democracia— se le antojan al novelista un ente irracional, animal, en los impulsos por los que se guía. Es notorio cómo, tanto en su obra narrativa como en numerosos pasajes de *Mi diario*, Federico Gamboa tiende a presentar el drama íntimo o la íntima felicidad del personaje (o los

Católico en 1913. La aventura electoral resultaría para el novelista un fracaso, más la humillante conciencia de haber sido engañado y manipulado por el usurpador en su intento de dotar al régimen de una apariencia democrática.

⁵ Díaz había tenido un magnánimo comportamiento con el general Manuel Gamboa, tanto durante la guerra civil que los había enfrentado como cuando, muerto el padre de don Federico en 1883, el dictador en la sombra (ocupaba la presidencia Manuel González) dispuso que se le tributaran honores militares. Al novelista, que amaba profundamente a su padre, le marcó de manera muy especial este gesto sin duda insólito para con un antiguo colaborador del Imperio. Sería sólo la primera —aunque definitiva— intervención en su favor de don Porfirio.

suyos propios, en cuanto que protagonista de su autobiografía), en contraste con “la enorme ciudad indiferente” a tales conflictos sentimentales o existenciales. Siempre en el exterior a la compleja interioridad del individuo, la masa goza irreflexiva de su “irracional alegría de vivir” en la actividad cotidiana o en sus ruidosas fiestas consuetudinarias. Las funciones teatrales, el año nuevo, la conmemoración de la Independencia... con todos sus esplendores, son siempre presenciados por quien, oculto o ignorado, recuerda que existen la muerte, la tristeza, el sufrimiento, la incertidumbre. Así concluyen novelas como *Suprema ley*, *Metamorfosis*, *Reconquista*, *La llaga*; así da paso a un nuevo año, más de una vez, en *Mi diario*. El ser humano, como grupo, es radicalmente egoísta desde la perspectiva de Gamboa; sólo el núcleo de la familia (el amor entre padres e hijos) da a los hombres una garantía de amor desinteresado, según expone directamente en alguna de sus novelas (*Apariencias*) y demuestra tanto en sus páginas narrativas como en las autobiográficas, donde sus principales efusiones sentimentales toman como objeto bien la memoria del difunto padre, bien la cariñosa relación con su hijo desde el mismo nacimiento.

LA INTIMIDAD DEL MEMORIALISTA

Los críticos de los diarios de Gamboa han reprochado con frecuencia lo parco que se muestra en sus páginas en cuanto a confesiones personales. También en cuanto a chismografía literaria. Para el lector de los diarios, pueden llegar a ser frustrantes los silencios del autor sobre sus lecturas, sobre el proceso de sus obras,⁶ sobre su esposa... No es imposible que la “percepción literaria” de la realidad del fino observador que era Gamboa (quien comenta frecuentemente en sus diarios cómo cierto episodio o escena sería digno de pasar a una novela), junto con su talante en el fondo romántico, le presentaran su propia vida de casado como prosaica, anodina, “poco literaria” y no lo suficientemente digna de ser contada. No, al menos, sin el enmascaramiento de la fic-

⁶ *El proceso de mis obras* era, precisamente, el título de una obra preparada por don Federico paralelamente a *Mi diario*. Todo este material documental pasó tras su muerte a manos de su hijo, y actualmente permanece inédito; al parecer perdido en su mayor parte. Obsérvese cómo, también en su labor autobiográfica, el novelista mexicano marcaba una clara diferencia entre su oficio de escritor y su “vida social”.

ción. En lo que se refiere a su esposa, como defiende García Barragán (2000: 52), hemos de tener en cuenta también que seguramente Gamboa la hizo ocupar un discreto segundo plano en sus diarios por amor y por respeto: por no situarla, en fin, al mismo nivel que las muchas mujeres que habían compartido antes, pasajera y pasajeramente, su vida.

Por lo demás, Gamboa era un hombre desinhibido al admitir sus aventuras amorosas, o sus caídas en el vicio del juego que tanto despreciaba, pero más bien pudoroso a la hora de pormenorizarlas. Secretamente alienado, en tantos aspectos (profesional, político, literario), del mundo en que vive, no podía ser menos en lo que se refiere a la comunicación entablada a través de la obra literaria: comunicación con el lector (a quien le oculta cosas) y consigo mismo (que elude en su confesión literaria el reflexionar por escrito sobre ciertos temas). Al fin y al cabo, era un hombre a quien gustaba disfrutar de su soledad, física o bien espiritual (“cuando admiro o cuando amo soy mudo”, Gamboa 1994: 15), hasta el punto de alegrarse durante una estancia en Homburg (1909) de su desconocimiento de la lengua alemana, que le permite vivir

hacia dentro, que es como siempre preferí vivir, hasta que no me exteriorizo en las páginas de mis pobres libros o en los oídos de mi hijo, que ya comienzan a escuchar y entender lo que les cuento y les explico (Gamboa 1995 V: 50).

LA NOSTALGIA DEL PASADO

El aislamiento intelectual de Gamboa lo era también, por extensión, con respecto a la época que le había tocado vivir. Si, como definió cierto humorista español, el conservador es el hombre a quien gustaría decir que “cualquier tiempo pasado fue igual”, esta faceta del carácter de Gamboa se descubre con frecuencia en la añoranza del pasado. Busca la ciudad contemporánea como escenario de sus novelas, es testigo de su esplendor, pero al mismo tiempo ejerce de censor de esa sociedad burguesa que la ha engrandecido y a la que el mismo novelista pertenece. Pues este esplendor y este engrandecimiento van unidos a la corrupción moral, y se edifican sobre la miseria y la injusticia que padecen obreros, campesinos, prostitutas. Frente a la urbe contempo-

ránea y su vorágine, Federico Gamboa tiende a evocar la vieja ciudad virreinal y las ciudades monumentales italianas, o bien hacer fugaces escapadas (en la ficción como en la realidad) al *campo*, territorio para él incorrupto y que conserva ancestralmente un perfecto y armónico orden patriarcal, lejos de las tiranías de unos y las rebeldías de otros.⁷ Gamboa es capaz de compadecerse de los “parias”, de los “ilotas” del campo, como de los de la ciudad, pero con una piedad de “ser superior”, una distancia con respecto a los pobres que, por supuesto, es mucho más profunda que la que su antipositivismo o su cristianismo le pudieran haber hecho marcar con los ricos. El orden social es inmutable para ellos, y nada puede hacer la acción de un solo hombre... idea de la que no le apean, ni mucho menos, la ascensión histórica del socialismo o el triunfo de la Revolución Mexicana.

La idealización del pasado se incrementa, en un grado más profundo, con la edad: a la recurrente recreación idílica de la infancia, Gamboa unirá la de su juventud y madurez y, con ellas, la del viejo México porfiriano cuando éste ya no sea más que un recuerdo. A lo largo de su vida, el novelista hubo de presenciar cómo a su alrededor iban muriendo los grandes amigos, los grandes protagonistas de su biografía, aun cuando algunos fueran más jóvenes que él mismo: sus hermanos y sobrinos, Manuel Gutiérrez Nájera, Jesús Contreras, Porfirio Díaz, Victoriano Salado Álvarez, Luis G. Urbina... (Por cierto, tampoco habrán de sobrevivirle los odiados revolucionarios: Madero, Carranza, Zapata, Villa, Obregón o, en lo político, Calles). De los muertos más queridos, muy especialmente de su padre, nunca dejará de recordar puntual y brevemente en su diario el aniversario de su desaparición. Gamboa se sabe miembro, y prominente, de un México ninguneado por la posrevolución que sin embargo existe más de lo que se quisiera reconocer: ahí estarán para probarlo las concurridísimas misas que anualmente se celebran por don Porfirio. Y, asimismo, el prestigio profesional e intelectual que conserva don Federico Gamboa, quien a pesar de ello insiste en evitar todo acto público, aunque sea sólo por no encontrarse con los nuevos amos del cotarro político (como el presidente Obregón) o cultural (José Vasconcelos, quien mantiene con el viejo novelista una correspondida antipatía).

⁷ *La venganza de la gleba* (1905) —obra que se publicó dedicada “A los ricos de mi tierra”— sería una excepción en este retrato que esboza Gamboa de la sociedad rural mexicana, aunque sin inmediatas implicaciones subversivas.

CATOLICISMO

El catolicismo supuso también para Federico Gamboa un cierto distanciamiento con la doctrina “oficial” porfiriana (lo que podríamos llamar el “liberal-positivismo”), y muy marcado con respecto a la ideología del México revolucionario, perseguidor abierto de la Iglesia durante los gobiernos de Álvaro Obregón y, especialmente, de Plutarco Elías Calles. El proceso de su conversión, de la vuelta a la fe de su infancia a la que tanto tiempo había permanecido ajeno, yace oculto en sus diarios y el lector sólo presencia su culminación: su jubilosa profesión de fe (el 22 de febrero de 1902) y su vuelta, previa confesión, al sacramento de la eucaristía (24 de enero de 1903). Pero ni aun así adoptará Gamboa las ideas del tradicionalismo católico al uso: por ejemplo, ni con posterioridad a su conversión ni tan siquiera durante su militancia en el Partido Católico caerá en la tentación del clericalismo, e incluso se preocupará especialmente desde entonces por demostrar la independencia de su criterio con respecto a la jerarquía eclesiástica.⁸ No aprueba nunca el concepto de una “religión de Estado” (Gamboa 1995 I: 11), de ahí que admire las comunidades católicas norteamericanas por su libertad y valentía (Gamboa 1995 III: 141), y de paso el sentimiento religioso de un pueblo que, como el estadounidense, respeta todas las creencias sin avergonzarse al mismo tiempo de ser creyente.

Por otra parte, la propia condición de novelista “naturalista”, “inmoral” de don Federico lo convertía, pese a su catolicismo o precisamente a causa de él, en piedra de escándalo para los malpensantes. *Santa*, obra más abiertamente moralizante que las anteriores (y que dio paso a la explícita “predica” de *Reconquista* y *La llaga*), sería por la osadía del tema y de muchas de sus páginas causa del recelo y el prejuicio de muchos católicos. A ello habría que unir el atrevimiento de obras anteriores como *Impresiones y recuerdos*, con su abierta confesión

⁸ Haría una excepción a su habitual independencia de criterio en su última obra teatral, *Entre hermanos*, cuyo final corrige el 19 de enero de 1925 “con indicaciones canónicas recogidas anoche en cónclave de sacerdotes” (Gamboa 1995 VII: 148). Tal vez lo delicado del tema —el suicidio de una mujer tras su violación y el posterior distanciamiento del marido— exigía para su conciencia tales precauciones morales, pero semejantes escrúpulos jamás habían aparecido en el escritor durante la composición del resto de su obra, no libre de otros episodios escabrosos.

de libertinaje, y *Metamorfosis*, la novela en que una monja era seducida y la única hacia la que su autor, después de su conversión, manifestó algún mínimo reparo.

CREADOR Y PERSONAJES

Los personajes de las novelas de Gamboa, en general, responden al sentimiento de su autor. Son seres que se aíslan o son aislados de su medio, que buscan su sitio, desean “algo más” para su vida que no aciertan a definir. La infancia es el refugio seguro (normalmente asociada, simbólicamente, al campo y la naturaleza), pero del que todo hombre es inevitablemente expulsado; el ideal se persigue entonces, principalmente, en el *amor*, “suprema ley” que promete la felicidad pero en muchos casos, también, la destrucción. Es el caso de las novelas “de adulterio” (*Apariencias*, *Suprema ley*), en las que el protagonista abandona por consumir su pasión cuanto poseía, para aislarse socialmente e incluso (por la necesidad de ocultación, los remordimientos, los celos) de los propios amantes. La fe religiosa (*Santa*, *Reconquista*), el auténtico amor de la familia (*Suprema ley*, *Reconquista*, *La llaga*), la entrega a la obra artística (*Reconquista*) proporcionan finalmente al individuo un lugar en que realizarse y dar un sentido a su existencia... un lugar que, como es obvio, los habrá de mantener siempre muy cerca de sí mismos y bastante separados del despiadado mundo que los rodea. Para este mundo, como he dicho, los finales —sean desgraciados o felices— pasan inadvertidos.

El entorno de Gamboa no permaneció, en cambio, indiferente a sus novelas. Naturalistas, costumbristas, modernistas, conservadores y liberales las leyeron y aplaudieron; hubo quienes, también, las denigraron, pero la proyección internacional de don Federico como primer novelista mexicano de su tiempo quedaba fuera de toda duda. También su figura política sería discutida, atacada por revolucionarios (que al mismo tiempo respetaron su distanciamiento de los “científicos” colaboradores de Díaz, o su firmeza al plantar cara a la política norteamericana), pero a veces por los mismos porfirianos o huertistas miembros de su propia bandería política. Lo que de don Federico Gamboa sí pareció cautivar de un modo más universal fue su trato personal, su honestidad, su simpatía, sus dotes de gran conversador

culto, ameno y tolerante. Tal vez sea esta una prueba definitiva del íntimo aislamiento de nuestro novelista: porque llevarse bien con todo el mundo es, muchas veces, la mejor manera de marcar con éste una profunda diferencia. O es, al menos, un importante síntoma de ello.

BIBLIOGRAFÍA

- BELLINI, GIUSEPPE. "Santa, un romanzo libertino del naturalismo messicano". *Annali della Facoltà di Lingue e Letterature Straniere di Ca'Foscari XI-I*, 1972.
- GAMBOA, FEDERICO. *Impresiones y recuerdos*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994.
- *Mi diario* (7 vols.), México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1995.
- GARCÍA BARRAGÁN, MARÍA GUADALUPE, "Estudio preliminar" a Federico Gamboa, *Teatro*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2000.
- PACHECO, JOSÉ EMILIO, "Un novelista ante el imperio: Federico Gamboa en Washington, 1903-1905", *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos I*, 1, 1976.
- PRENDES, MANUEL, *La novela naturalista hispanoamericana*, Madrid: Cátedra, 2003.